Capítulo 14 de HOCES Y TRILLOS

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

Capítulo 1

14.- Génesis de una vocación.

Capítulo 14 del libro HOCES Y TRILLOS

A los pocos días llegaron los resultados a la academia. Un exultante don Leandro se paseaba por el pasillo con la puerta abierta de par en par: ¡habían aprobado treinta y seis de los cuarenta presentados!: Y síííí, Pedro estaba en la lista: ¡había aprobado!

En casa se rio, se cantó, se jugó y se rezó en agradecimiento por el éxito del estudiante, como si la mitad de su carrera fuera ya cosa hecha.

–Felicidades, hermano –le repetían–.

–Enhorabuena, hijo; estamos muy orgullosos de ti.

–Jo… ¡qué miedo he pasado! Me sentía tan nervioso y mareado...

–Pero lo has hecho, y nos has demostrado lo que vales, pase lo que pase...

–Ahora te llevaremos a celebrarlo con Consuelín: se lo prometí –recordó Camilo a todos.

–Eso. ¿Y cuándo iremos? –preguntaban, dando por supuesto que todos irían también.

–Después de la cosecha, y antes de La Peña. A finales de agosto.

–Yo también quiero ayudar en la finca –saltó Pedro entusiasmado.

–Sí, claro, contamos contigo para terminar antes.

La cosecha no pintaba mal por Maloslodos; aunque nunca lo suficiente en opinión de los agricultores. En la finca volvió la premura de cosechar el cereal, al tiempo que no se dejaba de regar el regadío. Pedro, animado por su éxito en el examen y con la perspectiva del viaje a Carrizo, se entregó con entusiasmo para ayudar. Pero no tanto como para sacrificar del todo su nueva afición a la caza. Una tarde, a la hora de la siesta, se asombró al contemplar el enorme almendro que crecía sobre la linde entre su finca y la de don Felipe. No se veía nada verde: todo estaba abarrotado

de tordos que parecían sestear.

–Esta noche traigo yo carne para la cena –le dijo a Samuel, mientras cogía la escopeta y un par de cartuchos.

–¿De qué carne hablas?

–De tordos: el almendro junto a la finca de don Felipe está todo negro con ellos. Me acercaré entre los surcos de maíz y cazaré más de veinte. ¿Quieres venir?

–¿Veinte, has dicho? Entonces no me necesitas para nada. Déjame hacer la siesta, anda.

<<¡Mejor!>>, pensó, <<así el trofeo será todo mío>>.

Se fue acercando como un gato, casi sin respirar ni mover ningún penacho de maíz, hasta que se encontró allí, justo debajo y bien oculto por la fronda. <<Es imposible fallar, aun sin apuntar>>, se convenció. De todos modos, escogió la zona más tupida y pum, pum… Y, entre la nubecilla de humo que se expandía de los dos cañones, pudo ver caer centenares de hojas de almendro, pero ni un sólo pájaro.

<<No puede ser>>, se dijo. <<¿Cómo es posible, si todo era un racimo de tordos?>>. Y se volvió con la cabeza baja, fija su mirada en la punta del cañón a ras de tierra y con la decepción pintada en su cara, rezando para que Samuel no le preguntara al despertar de su siesta.

–Qué, ¿cuántos tordos ha traído el gran cazador? –le preguntó nada más verle.

–No me lo puedo creer, Samu: el árbol estaba plagado, he disparado los dos cartuchos, ha caído una lluvia de hojas… pero ni un solo tordo.

–Ja, ja, ja… Es para troncharse, por farolero. ¿Qué cartuchos disparaste?

–Estos.

Y volvieron las carcajadas de su hermano.

–¡Cómo se habrán reído ellos de ti! –y siguió riendo mientras salía–: Esos cartuchos sólo sirven para hacerles cosquillas; ¡cuánto te falta por aprender!

–Pero, a ver, ¿por qué no valen estos?

–Por los perdigones. Ya te lo volveré a explicar; pero deja la escopeta y no malgastes munición –y se fue, dejándole aún más perplejo y

confundido.

Samuel no estaba seguro de habérselo explicado, así que por la noche sacó la caja de cartuchos de diferentes colores y numeraciones y le enseñó a distinguir desde cuáles iban cargados con los perdigones más pequeños hasta los más gordos y las postas.

–No es lo mismo tirar a una banda de gorriones que a un lobo. Usaste los perdigones más menudos; por eso llegaron sin fuerza para un tordo de plumas tan recias y tupidas. No es tan sencillo, no… Ya seguiré explicándote más cosas cuando el trabajo nos deje.

La cosecha progresaba a buen ritmo porque, ese año, contaban con la ayuda de una segadora: una nueva herramienta que aligeró notablemente la faena. El señor Camilo se había decidido tras mucho dudar, calcular y consultar con los pocos labradores que ya la tenían. Era una máquina sencilla, pero revolucionaria para su tiempo. La arrastraba un caballo, con Samuel a las riendas y sentado en un sillín de chapa colocado por encima de una gran rueda. Al girar la rueda generaba la fuerza para el mecanismo del peine de corte mediante una biela: una humilde predecesora de las cosechadoras que llegarían años después. <<Ahorrará los salarios de ocho segadores a hoz>>, había calculado Camilo; <<y se amortizará en un par de campañas>>. Fue un acierto. Samuel aprendió a manejarla con precisión. Empezaba a segar al clarear para que las espigas, húmedas por el relente, no se partieran. En un par de horas, segaba todo lo que se podía trillar en todo un día. Y seguía segando hasta cerca del mediodía, cuando veía que empezaba a troncharse alguna espiga, con los tallos ya quebradizos, resecos por el sol.

–Es una maravilla –convenían–; con ella vamos a terminar mucho antes de lo previsto.

–Sí, y podremos ir a ver a Consuelín antes de lo que me pensaba –confirmó Camilo, satisfecho por la inversión.

–¡Oh, sí! Bendita máquina –soltó Marta, alborozada ahora ante la perspectiva del viaje.

–¿Cuándo iremos, entonces?

–Escribiré al convento para avisar; creo que sobre el veinte, con tiempo para rematar lo que falte y prepararnos para La Peña.

–¿Y cómo vamos a ir? ¿Y cuándo? ¿Y cuánto tiempo estaremos allí?

–volvieron a preguntar, atropellándose los unos a los otros.

–Ya sé que todos queréis ir; pero antes hay que esperar la respuesta del convento.

–¿Iremos en el mixto desde Pollos hasta León?

Era un tren que combinaba vagones de carga y pasajeros. De León a Carrizo tendrían que seguir en coche de línea.

–No sé… Estoy pensando que, para ir todos, quizá nos convenga alquilar el haiga del señor Santos... Hablaré con él.

–Eso, eso, en el haiga. Ahí cabremos todos…

–Y será mucho más cómodo y más rápido…

–Y viajaremos como señores… –soñaban ahora.

El haiga era un coche grande y elegante para la época, un lujo comparable a las limusinas posteriores. En Tordesillas sólo había la de don Santos, que lo utilizaba como el único taxi. Era el mejor de los pocos coches que habían llegado a Tordesillas, donde todavía su usaban carros y coches de caballos.

Para una familia en la que todos trabajaban sin descanso y duramente la mayor parte del año, sin vacaciones ni fines de semana, un viaje como aquél era una aventura y una gran fiesta. Ya casi no se hablaba de otra cosa.

El señor Santos y el señor Camilo llegaron fácilmente a un acuerdo. Cabrían seis pasajeros; o siete, si usaban un plegatín que podía servir para Pedro o Teodora. El señor Santos estaba encantado de poder usar su automóvil para un viaje tan largo. Así que se fijó el viernes veinte de agosto para la ida, y el domingo veintidós para la vuelta. Sólo faltaba la confirmación de la Madre Abadesa del convento, que se daba por supuesta. Y empezó la puja, porque todos no cabrían...

Rosalía fue la única que no compitió porque sabía que, con Bernardo y Josefina, sumarían diez. O sea, dos plazas más de las disponibles; más la niña, que ya tenía un añito. Su padre y ella ya lo habían hablado, y ahora lo anunció para todos:

–Lía se muere por ir; pero es que no hay sitio para ella, Nardo y Fina. Además, alguien tendrá que quedarse para ayudar a Claudio a regar y aricar.

–¡Qué lástima que no haya coches más grandes! –dijo Victoria, sintiéndolo de veras.

–Quizá podrán ir ellos después de La Peña –dijo su padre–. Así sería Lía quien presentara a su marido y a su hija. Además, serían dos visitas para Consuelín…

–Sí, mejor ir nosotros tres –admitió ella–; pero también me gustaría ir con los demás.

–Todo no se puede tener en la vida, hija –le consoló ahora su madre.

La respuesta de Carrizo llegó sólo unos días más tarde: toda la comunidad les esperaba con ilusión. Pero fue la lectura de la carta de Consuelin, tan cariñosa y feliz, la que desató la euforia; hasta la abuela hubiera dado su otra pierna por ir también a verla.

Ahora, todos se afanaban. Había tantas cosas que llevar a las monjitas y a Consuelín, la pobre, que sufría tanto por los duros inviernos de aquella tierra, dentro de un convento enorme, sin ningún medio para calentarse… Querían llevar de todo: ropa de abrigo, melones, chorizos y hasta un jamón. Sabían que su regla no les permitía comer carne; pero había excepciones con las enfermas, quizás con Consuelín.

A las seis de la madrugada de aquel veinte de agosto aparcó el haiga delante del portón de la casa. Los que pasaban por la calle no podían menos que parar, admirar aquella maravilla e indagar sobre qué pasaba.

Ataron en la baca maletas y bultos de toda índole. Luego se embutieron los pasajeros, y empezó a rodar el lujoso vehículo por el empedrado de la calle, mientras Rosalía y la abuela les despedían con ojos enrojecidos. Una banda de chiquillos les escoltó hasta la carretera.

–¡Estamos volando! –exclamaba Samuel, sacando la mano por la ventanilla.

–Qué exagerado –replicaba Victoria.

–¿A qué a velocidad vamos? –preguntaba Verónica cada cinco minutos.

–A ochenta kilómetros por hora –respondió el señor Santos.

–¡Qué barbaridad! Ya lo decía yo… que ya me cuesta contar los postes que pasan.

No pararon ni en Benavente ni en La Bañeza, donde tenían parientes y amigos que hubieran querido visitar; pero así pudieron llegar al convento

antes de las doce.

–Ave María Purísima –surgió el susurro de una dulce voz, detrás del torno.

–Sin pecado concebida –contestó la señora Marta la primera.

–¡Bienvenidos, a Dios gracias! Hemos estado rezando para que tuvieran buen viaje.

–Sí, hermana; hemos venido muy rápido y con muchas ganas de ver a Consuelín.

–Voy a avisar a la reverenda Madre. Suban al locutorio; les paso la llave por el torno.

El torno era la única vía de contacto entre la clausura y el mundo. Era un mecanismo ingenioso, compuesto por dos grandes círculos de madera, unidos entre sí por cuatro tableros, ensamblados en ángulo recto. Un eje encastrado por arriba y abajo permitía girar el mecanismo, que sobresalía del muro tanto por la clausura como por la portería, aunque sin permitir poderse ver. Era común en los conventos, como las Clarisas de Tordesillas.

Pero fue el locutorio lo que espantó a Pedro. La mesa para la comida ya estaba preparada; pero aquellas dos rejas tan tupidas y separadas una de otra… Peor aún: la del lado de los visitantes estaba llena de pinchos amenazantes, para no permitir acercarse demasiado. No dijo nada; pero notaba como si se le fuera encogiendo el alma. Al rato vio entrar a dos monjitas del otro lado que se agarraron a las rejas interiores, buscando los estrechos espacios para verles mejor.

–Ave María Purísima –saludaron las dos al mismo tiempo.

–Sin pecado concebida –respondieron varios a la vez.

–¡Oh, qué alegría, qué alegría…! –decía, o más bien chillaba, la más joven, que Pedro adivinó era su hermana–. ¡Acércate Pedrín! ¡Qué grande estás! Con lo pequeñín que te dejé cuando me vine para aquí… Tú, claro, no te acordarás de nada, ¿verdad?

–Hum…

–Claro, eras tan chiquitín… Pero te alegra verme, ¿verdad?

–Sí.

–Cuéntame, cuéntame cosas de ti.

–Hum… –y bajó la cabeza, como avergonzado y como si algo le atara la lengua.

–Y tú, Dora, ¡qué guapa eres! Al fin os puedo ver a los dos. Dime alguna cosa.

–Hum... –imitó a su hermano.

–Sean bienvenidos –terció la Madre Abadesa, dirigiéndose a todos los demás–. ¿Han tenido un buen viaje?

–Sí, sí, muy bueno.

Y continuaron con las cortesías de rigor, mientras Pedro miraba de soslayo a su hermana y a su entorno, que se le antojaba sombrío y atemorizador.

<<Mi hermana está en una cárcel>>, fue lo primero que le pasó por la cabeza. <<¿Cómo puede estar ahí? Y mis padres y mis hermanos, tan tranquilos…>>. Él ya sabía lo de la clausura, y que no podrían entrar; pero esa imagen de las dos rejas tan tupidas y amenazadoras se le clavó dolorosamente en su mente. <<No voy a poder abrazarla, ni besarla, ni tocarla…>>. Ese pensamiento le cohibió aún más, y le mantuvo enmudecido.

Sólo después de comprobar que, a pesar de sus intentos, ni su Pedrín ni Dora parecían saber hablar, siguió Sor Consuelo dando las gracias a sus padres por traerlos a todos y hablar con todos a la vez. Luego preguntó por Rosalía, su marido, su hija, la abuela… y saltó de alegría al saber que vendrían a verla después de La Peña.

Pedro sentía como si su hermana fuera una niña que no hubiera crecido por dentro. Pero parecía tan feliz y contenta de verles... Además, aquel hábito blanco y la toca la hacían más joven que Rosalía y Victoria; y no paraba de reír y preguntar por todo: la finca, los animales, la cosecha, la segadora… ¿Cómo funcionaba una segadora? Y Samuel le detalló hasta el último tornillo. Fue la abadesa quien tuvo que cortarles:

–Les pido disculpas; pero ya es la hora de nona y tenemos que ir al coro. Mientras, podrán comer tranquilos. Ya saben cómo funciona el torno…

–¿No podría acompañarnos Sor Consuelo? –pidió Verónica, aun sabiendo que no.

–No, porque están fuera de la clausura. Pero volveremos enseguida.

Mientras se servían el primer plato, Victoria llevó a Pedro a un rincón y le dijo al oído:

–Pero, hombre, ¿qué te pasa? ¿Es que te ha comido la lengua el gato? No has abierto la boca; ¡y mira que Consuelín quería verte a ti más que a nadie!

–Es que… no sé; con ella allá dentro… Me parece que está en la cárcel.

–Qué va… ¿No ves qué feliz está? Ella quiere ser monja porque tiene vocación.

–Ya, pero esas rejas…

–Son la separación de la clausura y del mundo. Todos los conventos las tienen.

–Pero, ¿no voy a poder abrazarla ni cogerle la mano?

–Quizá mañana en la misa, no sé. Pero ella quiere estar aquí y es feliz; así que alegra esa cara, hombre, que es tu hermana y se muere de ganas por hablar contigo.

–Es que no sé qué decirle…

–Pues contesta al menos lo que te pregunte, con algo más de "¡hum!", o "sí" y "no".

¿Oyeron o imaginaron los susurros de Victoria y Pedro? Porque, durante toda la comida, no se dejó de hablar de lo guapa que estaba y de lo feliz que parecía. Algunas cartas suyas así lo confirmaban; <<pero es que verla allí dentro…>>, seguía cavilando Pedro, aunque se fue calmando. Y, durante la comida, consiguió hablar casi con normalidad.

Tal como habían anunciado, volvieron a entrar sonrientes Sor Consuelo y la Madre Abadesa. Hablaban con tanta dulzura que fueron disipando aquella primera impresión tan deprimente para Pedro. Ahora, casi deseaba que se fijara en él y le preguntara algo. ¿Leyeron su pensamiento? La Madre dio la luz, con lo que el recinto de clausura pareció algo menos lúgubre.

–Nos pusieron la luz eléctrica hace unos meses. Así nos veremos mejor.

–Pedrín, acércate; como no me conocías estás algo cohibido, pero es que yo te crie cuando eras muy pequeñito. Eras mi bebé, porque madre tenía

que trabajar… ¡Y te quiero tanto…! ¿Me quieres tú a mí?

–Sí.

–¿Te alegras de verme?

–Sí.

–¿Estás cansado del viaje?

–No.

–Mira, te he traído una peonza que me han regalado para ti. Ven, que te la pasaré por el torno –y lo hizo, girándolo lo justo.

–¿Te gusta?

–Sí, es muy chula.

–Pues cuando nos vayamos a vísperas, podrás irla a bailar a la calle, ¿te parece bien?

–Sí.

Quería decirle mucho más: lo mucho que había deseado venir a verla, que la quería mucho… Pero no le salía.

–También he traído algo para Dora que he hecho yo misma. Mira, a ver si te gusta –dijo, y sacó debajo del hábito una bonita muñeca de ganchillo–. ¿Te gusta, Dora?

–Sí, mucho.

–Pues ven, que te la doy por el torno.

La acompañó Pedro, en plan experto, por si ella no alcanzaba.

–¿Qué te parece?

–Es muy bonita –dijo Dora mientras abrazaba la muñeca.

–Al fin os conozco a todos. ¿Vais los dos al colegio?

–Sí –se adelantó esta vez Pedro–. Dora va a la clase de las niñas, a primer curso; pero yo ya he aprobado el ingreso para el bachillerato elemental.

–El bachillerato... ¡Qué bien que vayas a estudiar! Debes saber

muchísimas cosas...

–Oh, sí, nos hacen estudiar sin parar.

–¿Qué es lo que más te gusta de lo que estudias?

–Historia, Geografía…

–¿Y la Historia Sagrada? ¿Qué has aprendido de la Historia Sagrada?

–Pues lo de Adán y Eva, el paraíso, el diluvio, el maná, Sansón, David… –parecía habérsele soltado la lengua definitivamente.

–Y a la iglesia, ¿te gusta ir a la iglesia?

–Sí, claro, voy cada domingo.

–A ver si el Señor y la Virgen te dan la vocación y te haces sacerdote…

–Qué va, si ni siquiera soy monaguillo… –y pudo sonreír y todo.

Ahora se había vuelto para preguntar a Dora, y luego a todos los demás, queriendo más detalles sobre cualquier minucia. Ella explicó a su vez algunas anécdotas simpáticas, y les cantó algunas canciones graciosas. También allí sabían pasarlo bien.

Roto el hielo inicial, Pedro se atrevió a preguntar si no se aburría de tanto rezar; y eso que siempre la acompañaba la Madre Abadesa u otra monja mayor, cosa que le cortaba un poco.

–Qué va –reía su hermana–. Estar con Jesús es lo más bonito que existe en la vida.–

–Pues yo me aburro en la iglesia.

–Es porque no le conoces bien aún.

–¿A quién?

–A Jesús.

–¡Ah…!

–Sí; Jesús es nuestro mejor amigo, y hablar con él te llena el alma de paz y felicidad…–

Esta conversación es muy, pero que muy interesante –interrumpió la Madre Abadesa–; pero ya es la hora de ir a cantar vísperas. Mientras,

ustedes pueden ir a pasear por el pueblo y, si quieren, vayan a ver a don Rafael a la farmacia, que se alegrará mucho de verles.

<<¿Es que nunca paran de rezar?>>, iba a decir Pedro, pero se contuvo.

Don Rafael se había ofrecido a adelantar el dinero que hiciera falta para pagar la nueva dote de Sor Consuelo. Ella había entrado como hermana lega, destinada a trabajar, y sólo tuvo que aportar una dote de dos mil pesetas. Para el mundo, las legas eran como las criadas de las madres de coro, dedicadas a rezar y cantar los oficios.

Sor Consuelo se sentía feliz como hermana lega; pero sus problemas de salud la inhabilitaban a menudo para sus trabajos. En esas circunstancias, debería abandonar el convento, con enorme disgusto para todos.

Al saber del traslado de su familia a Tordesillas, dieron por supuesto en la comunidad que se harían ricos allí y le sugirieron cambiar de hermana lega a madre de coro. No fue nada fácil, porque el señor obispo consideraba que el cambio iba en contra de los estatutos; pero cedió, tras muchas súplicas, invocando su evidente vocación y ejemplaridad. Sólo que, para ello, debería aumentar su dote hasta veinticinco mil pesetas: una cantidad astronómica para una familia que tenía que empezar desde cero en Tordesillas. Pero sin dote ni poder trabajar, sólo cabía devolverla a su casa. Fueron unos días muy duros para ella, como en vilo, entre seguir en el convento o volver al mundo con todos sus peligros.

La reverenda madre, con nueva autorización especial del señor obispo, aceptó el pago fraccionado en varios años, siempre que contaran con un aval como garantía; y fue don Rafael, el farmacéutico del pueblo, quien se ofreció como avalista. Sólo pidió el favor de ser con su esposa sus padrinos de profesión solemne.

La habían cogido cariño, porque él había tenido que asistirla alguna vez, en ausencia del médico; y le habían asombrado su fe, su enorme paciencia y su bondad. Así que nació una buena amistad entre ambas familias.

Mientras hablaban por la calle, tras las presentaciones de sus hijos y antes de que estos empezaran a explorar el pueblo, Verónica les sorprendió a todos:

–Papá, dame dinero –lo pidió como la cosa más natural del mundo. Él disimuló su sorpresa y le entregó un duro.

–Gracias, papá.

Y se alejó, feliz con el dinero tan fácilmente conseguido, con sus hermanos pisándole los talones y el ceño fruncido. En cuanto llegaron a

distancia suficiente para no ser oídos por los mayores, Samuel saltó como un resorte contra su hermana.

–¡Qué poca vergüenza, fresca, más que fresca! ¿Desde cuándo le tratas de tú y le llamas papá y le pides dinero delante de otras personas?

–Es que allí venden barquillos… –se excusó ella, colorada como un tomate.

–Ni barquillos ni narices fritas; y tienes la cara dura de ir y pedirle dinero delante de esos señores… –le cortó ahora Victoria, igual de enfadada–. Eso no se hace.

–Tú no tienes vela en este entierro, meticona.

–Me meto donde me da la gana; y tú eres una aprovechada y desvergonzada.

–Y vaya con lo finolis que nos ha salido la señoritinga…: "Papááá, daame dinero" –continuó Samuel burlón, imitando la voz y el desparpajo de su hermana.

–Es que, es que… como don Rafael y su mujer son gente elegante…

–Y tú no vas a ser menos, ¿verdad, presumida? –siguió atornillando Samuel, mientras Verónica estaba a punto de romper a llorar, acosada entre los dos.

–Bueno, se lo devolveré y ya está…

–Eso, si antes no te rompe la crisma de un sopapo por el ridículo que le has hecho pasar.

Pero su padre ni la riñó siquiera. Aceptó el dinero sin comentarios, como si formara parte de un guion ensayado. Luego compró barquillos para todos. Hasta parecía que el ser llamado 'papá' y darle el dinero, como si vivieran con desahogo, no le hubiera molestado tanto como Samuel y Victoria se habían imaginado. Precisamente, empezaba a explicar a don Rafael que las cosas en Tordesillas les iban mejor, y que podría pagar la dote de Consuelín en los plazos previstos, sin la ayuda de su aval, que tanto agradecía. De hecho, ya había traído una parte del dinero para la madre. La niñería de Verónica al dársela de "hija de papá" venía a confirmar la mejora de su economía. Porque nada hubiera herido más su orgullo que tener que aceptar la ayuda de don Rafael; aunque lo hubiera hecho, de ser necesario, por la felicidad de su hija.

Después del paseo, volvieron al locutorio. Fue entonces cuando le entregó Camilo a la abadesa el sobre con el dinero. Ella le dio las gracias, y lo

guardó sin abrirlo. Volvieron a hablar sobre los estudios de Pedro, de la academia, de las anginas tan inoportunas y de cómo se presentó y aprobó a pesar de estar convaleciente y débil…

Como de pasada, la madre sacó el tema de un colegio en el que las monjas tenían influencia. Estaba en Santander, al lado del mar, con playa y todo. Allí iban los mejores estudiantes de toda España.

Pedro empezó enseguida a soñar despierto: <<El mar… qué bonito sería ir al lado del mar y ver todo aquello que cuentan>>. Lo pensaba como una ilusión imposible. Hubiera preguntado detalles; pero no se atrevió, porque los mayores seguían con sus explicaciones de temas y personas que él desconocía en su mayor parte.

Soñando despierto con el mar, se fue a dormir. Tardó en hacerlo, sumido en una duermevela que duró gran parte de la noche. Se veía a sí mismo corriendo por playas infinitas, plagadas de todo tipo de peces, cangrejos, pulpos, barcos, ballenas…

El sábado siguió la misma tónica del viernes por la tarde; horas de locutorio entreveradas con rezos de las monjas en el coro y paseos por el pueblo, sobre todo por la zona del puente sobre el Órbigo. Allí se veía fluir mansamente un agua totalmente transparente, en la que nadaban enormes barbos, entrando y saliendo de cuevas entre enormes rocas.

Por la tarde, volvió a salir el tema del monasterio de Viaceli, donde estaba el famoso colegio. El convento de Carrizo dependía jerárquicamente del de aquellos monjes; por eso sabían de aquel maravilloso colegio, del clima, del paisaje eternamente verde... Sólo la Madre Abadesa lo había visitado; por eso daba las explicaciones, con fotos y todo. Realmente, era todo tan bonito... De repente, la abadesa sorprendió a Pedro:

–Entonces, Pedrín. ¿vas a empezar el primero de bachillerato el mes que viene?

–Sí.

–Qué casualidad. Es lo mismo que estudiarán en el oblatado de Viaceli. A lo mejor te gustaría ir allí a estudiar, al lado del mar.

<<¡Al lado del mar…!>>, exclamó para sus adentros, quedando en segundo plano los estudios en sí.

–Oh, sí, si eso fuera posible…

–La playa es preciosa –volvió a subrayar–, y aprenderías muchas cosas

más, porque allí van sólo los mejores.

–Es que no sé si mis padres me dejarían.

–Pero si ellos te dejaran, ¿a ti te gustaría?

–Sí, claro. Es que nunca he visto el mar; y ya me gustaría, ya, mucho…

–Y aprenderías mucho más que en Tordesillas. Y, si Dios te da la vocación, podrías llegar a hacerte sacerdote…

Eso último le descolocó. Lo del mar, el colegio, todo pintaba muy bien; pero lo de hacerse sacerdote nunca le había pasado por la cabeza. Más bien le asustaba, sin saber por qué.

–Nada me haría más feliz que tener un hijo sacerdote –saltó su madre alborozada.

–Lo mismo que a mí –siguió Consuelín, a punto de llorar de la emoción.

–Ya, pero es que eso de ser sacerdote es…

–Es lo más importante a lo que puede aspirar un hombre: ser representante de Dios en la Tierra, y salvar almas para el cielo –le cortó su hermana.

Pero, por importante que fuera, nunca se lo había imaginado; y se quedó pensativo, sin saber qué más añadir.

–De todos modos, para ser sacerdote, hace falta tener vocación. Si Dios te la da, ya lo notarás; y si no, los estudios te servirán igual que los de la academia –añadió la Madre Abadesa, dejando una pausa que aprovechó Consuelín para preguntar sobre Rosalía y su nueva familia. Él seguía como asustado y pensativo hasta que, cortando la conversación de su hermana, le soltó:

–¿Y cómo lo voy a saber yo, lo de la vocación ésa?

–Ah, no te preocupes. Lo sabrás cuando Él quiera revelártelo. De momento, basta con que seas un buen chico y buen estudiante. Pero eso ya lo eres, ¿verdad?

–Sí, eso… yo creo que sí; aunque mis hermanos dicen que soy un trasto... –y rieron todos ante aquella salida.

–Pues, ¿sabes?, los más trastos son a menudo los más inteligentes. Así que piénsalo, y habla con tus padres. Nosotras lo arreglaríamos desde

aquí.

–Pero... Es que… ¿Habrá rejas también allí?

Ahora las dos rieron a carcajadas.

–Qué va, hombre, qué va. Ya entiendo por qué estabas tan tímido al principio… Esto es sólo para los conventos de monjas. Allí podrás ir a donde quieras, a la playa, y hacer excursiones de todo tipo. Y cuando seas sacerdote, si Dios así lo quiere, tampoco tendrás ninguna reja, faltaría más.

–¡Qué risa! –pudo al fin hablar Sor Consuelo–. Tú lo piensas; y si vas y no te gusta, te puedes volver a Tordesillas cuando quieras. Pero seguro que te gustará.

Otra noche de mal dormir, en parte porque extrañaba la cama, el lugar, y el olor rancio a suelo viejo encerado; pero también porque la cabeza le bullía con ideas contrapuestas. Por un lado, ardía en deseos de ir a un sitio tan maravilloso; y por otro, estaba el miedo a eso de hacerse sacerdote…

Volvió a soñar que navegaba en un barco muy grande, con velas blancas. Toda su familia, Consuelín incluida, agitaba sus pañuelos, sin lágrimas de despedida.

Cuando le despertaron y entró al locutorio para desayunar, aquel domingo 22 de agosto, le pareció como si su suerte estuviera ya echada, a juzgar por las caras de su hermana, su madre y la Madre Abadesa. Ésta empezó a dar más detalles del colegio, cada vez más atractivos. Que iría recomendado por la abadesa, el aval de su hermana y la bendición de su madre. Fue su padre el que las bajó de las nubes:

–Bueno, Pedro… Aquí estamos hablando de lo bonito que es ese colegio y de esto y de lo de más allá; pero lo importante es tu opinión: ¿a ti te gustaría ir?

–Hum... –vaciló un instante, sorprendido de que su padre le pidiera su opinión.

–¿Cómo puedes dudarlo? –susurró Consuelín con aire decepcionado.

–Claro que me gustaría; pero… tendría que separarme de mi familia y de mis amigos.

–Naturalmente –reaccionó ahora Sor Consuelo, alegre porque ya sabía la respuesta–. Pero tendrás casi dos meses de vacaciones cada verano; y

ellos podrán ir a verte a ti, y al mar.

–Pero, ¿y si no me viene la vocación ésa? –volvió a objetar.

–Nada, absolutamente nada: te vuelves a Tordesillas, te convalidan los estudios, y seguirás con la carrera que quieras –explicó la abadesa.

–Yo ya pediré la gracia de la santa vocación para ti –insistió Sor Consuelo.

–Y yo también –ratificó su madre, dándolo por hecho.

<<¡Qué manía con eso de la vocación!>>. Era lo que más le echaba para atrás...

–Serás muy afortunado; hay pocos colegios tan buenos como ése y tan bien situados, en mitad de un inmenso jardín, junto al mar… –volvió la abadesa a tentarle por su punto débil–. Y repito: si no te gusta, te vuelves; que lo que aprendas allí nadie te lo va a quitar...

–Bueno, bueno; esto es para pensarlo con tranquilidad –quiso aliviar tanta presión su padre–. Parece atractivo, desde luego; pero tiene que ser él quien lo decida.

<<Muy atractivo>>, pensaba Pedro, equilibrando la balanza con el contrapeso de vivir lejos de los suyos la mayor parte del año… <<Claro que también, perder de vista al indeseable Matagallos y su banda para siempre…>>, volvía a inclinarse el platillo del sí; <<pero no paran con lo de la vocación…>>. Era un lío: sí que iría; pero sin lo de la dichosa vocación.

Mientras cavilaba, Sor Consuelo y la Madre Abadesa seguían cantando las excelencias de aquel colegio, y del paisaje siempre verde, como si fuera el paraíso terrenal; aunque evitaron volver a mencionar lo de la vocación que tanto parecía intimidarle.

Al final, cuando su padre le volvió a preguntar, contestó que sí, casi con entusiasmo.

Luego fueron a la iglesia conventual para oír la Santa Misa. Allí, un coro de ángeles de más de cincuenta monjitas cantaba una misa solemne. La iglesia era grande y estaba dividida en dos por una sola verja, mucho menos tupida, y sin pinchos: al fondo estaba el coro de monjas, perfectamente visibles; delante estaban los fieles, que preferían ir allí.

Al terminar la misa, cuando tanto el público como las monjas se hubieron retirado, la Madre Abadesa y Sor Consuelo se acercaron a la verja y les hicieron señas de acercarse. Allí sí que pudo medio abrazar a su hermana,

igual que los demás.

–No solemos hacerlo –susurró la abadesa en voz minúscula–; pero ésta es una ocasión muy especial. Así tendrán unos minutos de intimidad aquí, en la casa de Dios –dijo, y se retiró.

–Me siento tan feliz, con todos vosotros y Pedrín que va a ir a estudiar para… lo que Dios quiera –y se tragó la palabra "sacerdote"–; y Dora, mi hermanita, tan guapa, que no conocía de nada… ¡Qué alegría tan grande! ¡Qué orgullosa estoy de ti! –siguió dirigiéndose de nuevo a Pedro, con el mismo tono susurrante.

El momento era casi mágico, allí todos juntos, pudiéndose tocar y besar a través de la verja… Pedro se dio cuenta de que su hermana se había esforzado para no aludir al sacerdocio; cosa que agradeció, pero que no dejaba de inquietarle. Él había dicho que quería ir a ese colegio tan bonito al lado del mar; pero lo de ser sacerdote dependería de la vocación, que podría venir o no… Aunque veía que su hermana y su madre parecían darlo por hecho… ¿Y si les fallaba? Pero el poder tocarla y verla tan dichosa le contagiaba una especie de seguridad misteriosa. Además, ¡la Madre Abadesa les había dejado solos…!

Siguieron allí unos minutos, que les parecieron un instante, susurrando por respeto al lugar. Hasta que volvió la superiora a deshacer el encantamiento:

–Nos tenemos que ir, que es hora de comer para las monjas; pero antes de una hora volveremos al locutorio y les serviremos una comida especial, antes de su vuelta.

–Oh, no se preocupen, cualquier cosa bastará –respondió Marta.

Todos volvieron a estrechar a la monjita de la familia; pero, con Pedro, parecía como si se hubieran soldado por el brazo. Se arrancaron al fin, y abandonaron la iglesia, todos tan felices de haber podido tocar a su querida Consuelín… Era curioso; para una familia cuyo padre juraba a menudo y faltaba con frecuencia al deber dominical, y los hijos que, bajo el menor pretexto, huían del rosario que dirigía su madre a diario, todos profesaban una especie de veneración por la monjita de la familia; como si fuera una garantía de ganarles el cielo.

–Mañana mismo saldrá una carta mía para el Padre Maestro de Oblatos, un santo varón, para solicitar plaza para Pedrín –anunció la Madre Abadesa–. Hay que espabilarse, porque el curso empieza a primeros de septiembre.

–Habrá que ver la mejor combinación para ir –pensaba su padre en voz

alta.

–Creo que hay un expreso por la mañana, de Valladolid a Torrelavega; de allí, hay varios coches de línea. Creo que podrán llegar en el mismo día –informó la abadesa.

–Sería estupendo. Ya preguntaré los horarios en la estación.

–El Padre Maestro les escribirá y se lo explicará. Le puedo dar la dirección de ustedes, ¿verdad?

–Naturalmente.

–También les indicará el equipaje que tendrá que llevar Pedrín.

–Sí, sí; porque veo que aún no hemos terminado este viaje y ya nos toca preparar el siguiente –dijo Camilo, pensativo pero decidido.

Así que, sin darse bien cuenta de a qué había dicho que sí, y menos de la trascendencia que tendría para el resto de su vida, entendió que ya no había marcha atrás. Se animó con el aliciente de descubrir el mar y vivir nuevas aventuras.

Les sirvieron una excelente comida, y volvieron radiantes Sor Consuelo y la Madre Abadesa para despedirles: duró hasta bien entrada la tarde.

–Bueno, vámonos ya; si no, no llegaremos con luz a Tordesillas.

–Por favor, no tardéis tanto en volver a visitarnos –suplicó Sor Consuelo.

–No, no tardaremos –prometió su madre–. Además, vendrán Lía, Nardo y Fina en septiembre –añadió.

Salieron por fin una hora más tarde de lo previsto. El señor Santos ya les esperaba con el haiga reluciente y el depósito repleto de gasolina. Allí también causó sensación el lujoso vehículo entre los más chicos.

A la vuelta, se habló mucho de la monjita, de lo feliz que estaba, de lo bien que le quedaba el hábito blanco de coro… Pero también del viaje de su hermano, que todos envidiaban. Ni sabían por dónde quedaba aquello; excepto el propio Pedro, que tenía memorizado el mapa tras tantas clases de Geografía. Estaba lejos, lo sabía, sobre la costa norte del Mar Cantábrico…

Un viaje así le hubiera parecido una broma sólo una semana antes; mientras que ahora lo veía a la vuelta de la esquina. Y así fue, porque poco después de su regreso de Carrizo, llegó una carta del padre Juan, el Maestro de Oblatos. En ella le aceptaba, gracias a las referencias del

convento de Carrizo. El curso empezaría el siete de septiembre, víspera de La Guía. O sea, que Pedro se iba a perder las fiestas de La Peña sin remedio: adiós a la limonada y a La Peña por ese año... No imaginaba que lo sería ya para siempre.

En la misma carta explicaba algunas normas de la casa y un resumen del programa diario; y, en una hoja aparte, iba la lista de cosas que debería llevar, con ropa y demás pertenencias marcadas con sus iniciales.

Y volvió la locura: Todos querían ir con Pedro y ver el mar; pero su padre pidió a Pedro que les explicara lo lejos que estaba y lo largo que sería el viaje.

–Es imposible ir con el haiga tan lejos. Además, no podemos permitirnos tantos gastos, que luego viene La Peña... así que iremos con él su madre y yo.

–Pero es que…

–No hay pero que valga. Acabamos de ver todos a Consuelín; y viene La Peña...

–Lo comprendían: ya había sido extraordinario el poder ir todos a Carrizo; y tampoco podían perderse las preparaciones de La Peña.

–¿Cuándo se irán? –preguntó Victoria.

–Si el curso empieza el martes día siete, tendremos que irnos para allá el viernes, día tres, y volver el domingo día cinco. Madrugaremos, y podremos coger el expreso y llegar en el día –explicó su padre.

Tan fácil no sería. El viaje de ida, sí: saliendo en el coche de línea de las siete, tendrían tiempo para coger el expreso de las nueve y cuarto en Valladolid, llegar a Torrelavega a las seis de la tarde, y empalmar con el último coche con parada en Cóbreces. Pero el domingo no había coche que les llevara a Torrelavega para el expreso de la mañana; así que tendrían que volver en el correo de las diez y media de la noche, con llegada a Valladolid a las nueve de la madrugada del lunes seis. Así se decidió, y se aceleraron los preparativos: comprar ropa, toallas, zapatos, zapatillas playeras… Y todo debidamente marcado con las iniciales bordadas por las hábiles manos de Victoria y Verónica.

–Hiciste bien en vender las patatas, porque necesitaremos dinero.

–Sí; de todas maneras, ya sabes que tenemos crédito en caso necesario.

–Ya, pero yo no quiero deber nada.

–Lo sé. Y por ti no hubiéramos podido comprar ni la mitad de lo que tenemos.

–Es que tú eres muy lanzado, y un día te vas a pillar los dedos, ya lo verás.

–Pero es que parece que tú no te das cuenta de lo que cuesta criar a siete hijos y dejarles algo de herencia.

–Claro, haciéndonos trabajar a todos como burros...

–Mucho peor estábamos en Genestacio. Aquí, al menos, los pequeños no faltarán a la escuela. Yo, sin embargo, fui bien poco; y tú menos aún.

–Vergüenza y honradez es lo que hace falta.

–¿Qué quie-res de-cir con e-so? –masculló, acentuando cada sílaba, su marido.

–Nada, no ha dicho nada –se interpuso Rosalía, temiendo una de esas discusiones que empezaban por cualquier nadería y podían envenenarse sin llevar a nada bueno–. Nardo y yo nos hemos quedado para cuidarnos de la finca; y yo he venido para ponerles al corriente de todo y recibir instrucciones, ya que vuelven a marcharse. Así que déjense de pamplinas y vamos al grano –les dijo, autoritaria.

Fue un acierto. Rosalía se había dedicado a enterarse por unos y otros sobre Sor Consuelo y sobre el viaje a Cóbreces, sin tiempo para hablar de la finca. Por suerte, su padre necesitaba la información, y se centró en los detalles que le iba contando su hija para decidir las tareas siguientes, sin poder contar con Victoria y Verónica, ocupadas en bordar el ajuar de Pedro.

–A propósito, según la carta que nos leyó del padre Juan, Pedro tendrá que llevar un certificado de buen cristiano y de buena conducta; ¿cómo lo va a conseguir? –siguió Rosalía, que parecía tener las ideas más claras.

–Se lo tiene que dar el señor párroco o su profesor de Religión. Ya se encargará él.

–Pues que no se duerma, no vaya a ser que se retrase por alguna razón u otra; así que mejor que se vaya ya a solicitarlo hoy mismo…

–Tienes razón; díselo tú misma, que yo voy a ver cómo van los precios de

las patatas en el almacén. Quiero vender otra partida.

–Pues ya se lo digo yo.

Era otro asunto que no admitía dilación, porque no sabían si se lo harían en el acto o era cosa de días. En vez de ir a su párroco de Santa María, Pedro prefirió pedírselo al de San Pedro, su profesor de Religión: más joven, más campechano, y que le daba más confianza.

–Conque te vas a una escuela apostólica, ¿eh pillín…?

–Ha sido mi hermana, la monja…

–Y me va a privar de un buen monaguillo que quería preparar contigo –rio.

–Uy, eso nunca me lo había dicho, don José.

–No te lo dije para asegurarme; pero ya sé que eres trigo limpio y que vales mucho.

–¿También fue usted a una escuela de ésas? –se atrevió a preguntar.

–Pues sí. A un seminario, que viene a ser lo mismo.

–Lo que pasa es que yo no sé si tengo vocación…

–Ja, ja, ja… –rio él, divertido–. No, hombre, no corras tanto; un día, cuando menos lo esperes, se te aparecerá un ángel para anunciártelo –le dijo con voz trémula.

–¿En serio? –preguntó, aterrado ante semejante perspectiva.

–Qué va, que te estoy tomando el pelo. ¿Sabes?, de los que van al seminario o a escuelas como ésa tuya, no terminan cantando misa ni una cuarta parte. Si tienes vocación de verdad, ya lo irás descubriendo tú mismo; y si no, algo bueno sacarás de allí.

–Es que, como mi hermana y mi madre están tan ilusionadas con eso de la vocación…

–Eso sí que no. Si llegas a sacerdote será porque Dios te lo pide, y tú así lo decides. Ni tu hermana ni tu madre cuentan para eso. Ser sacerdote es algo demasiado serio como para que ellas puedan influirte; y ahora sí que hablo muy en serio, ¿eh?

Así que salió de allí con su certificado, que guardó en el bolsillo trasero de su pantalón, y algo aligerado de tanta responsabilidad: si no terminaba de

sacerdote, no pasaría nada...

De regreso a casa, barruntó un peligro inquietante e indefinido. De repente, lo vio claro: al cruzar la plaza vio, siguiéndole los talones, a Matagallos con otro chaval de su panda, esperando llegar a una zona libre de público. <<Dos a uno le meten la paja pol culo>>, pensó; <<ése se ha enterado de lo de los chinarros y me viene a destripar...>>.

Nunca se había sentido del todo tranquilo, pese al juramento de Chucero y al tiempo que había pasado. Aceleró el paso, al igual que hicieron sus perseguidores. <<El mierda de Chucero se ha ido de la lengua>>, se dijo, mientras pedía asistencia divina: <<Jesús mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero…>>, musitaba, suplicando. <<Virgen Santa, ayúdame, que quiero ser bueno y me voy con los frailes…>>, rezaba a dos bandas, mientras maldecía al chivato desde otra zona del cerebro: <<si salgo de ésta, me las pagará…>>.

Al doblar la esquina de calle San Antón a Alonso Román del Castillo, cerca ya de su casa, rompió a correr con la esperanza de encontrar el portal abierto y refugiarse allí antes de ser cazado; pero sus perseguidores corrieron detrás para frustrar aquella posibilidad. Peor aún: por el otro extremo de la calle apareció el gitano con otro más de la panda, corriendo también para pillarle en el centro.

<<Dios mío, ayúdame. Es que estos me van… me van a machacar... Un milagro, por favor>>, pedía con fe cuando ya los sentía encima, por delante y por detrás. Pero ni se abrió la tierra para tragar a sus perseguidores, ni cayó ningún rayo para fulminarles.

Sabía que, en la acanaladura inferior de la ventana entreabierta, a casi dos metros sobre el pavimento, había una llave para casos de emergencia; pero no tenía tiempo para usarla con el resuello de sus perseguidores sobre su cogote. Así que pegó un salto felino y se agarró de la verja trepando hasta lo más alto, lejos del alcance de sus puños; y golpeó con fuerza el cristal pidiendo una ayuda menos celestial.

–¡Auxilio, socorro, ayuda!

Y no viendo a nadie allí, volvió a pedir el milagro al cielo.

Había de ser inminente porque, aunque sus atacantes quedaban más abajo, intentaban engancharle por la cabeza con una vieja cubierta de bicicleta. Si le enganchaban podrían tirar de una cuerda que llevaba atada y derribarle.

Pero el milagro llegó justo a tiempo; y lo fue en forma de Rosalía, que le vio allí encaramado, a través de la puerta entornada de la cocina. No dijo nada, pero salió como una bala hasta el corral; allí agarró un enorme

escobón y apareció disparada por el portal. Una imponente amazona, armada hasta los dientes, no hubiera causado mayor terror entre los cuatro agresores: quedaron petrificados una fracción de segundo, antes de huir corriendo, temiendo por sus huesos. Alta y fibrosa por el trabajo del campo, Rosalía se sobraba para aquellos mocosos, por muy gitanos que fueran. Temieron además que su marido, un gigantón capaz de derribar a un toro, pudiera salir también tras ellos.

–Bájate de ahí, hijo, y vámonos dentro.

–¡Gra-a-cias, Lianina! –fue todo lo que pudo tartamudear.

Se deslizó rápidamente, y la siguió dócil y cabizbajo. Una vez en la cocina, Rosalía le dejó recuperar el resuello acariciándole la cabeza. Luego le interrogó sin piedad:

–Vamos a ver, cuéntame tooo-do lo que ha pasado.

–Nada, es que son muy malos.

–Eso ya lo sé; pero dime qué les has hecho tú para que vayan a por ti de esa manera.

–Nada, que me tienen tirria, a mí y a todos los de mi panda.

–Pero no han ido a por nadie de la panda: venían a por ti; así que cuéntamelo to-do.

–No, por nada, porque de uno en uno no se atreven.

–Ya veo, sobre todo Matagallos, al que todos tienen miedo; menos tú, claro. Venga, hombre, no me vengas con pamplinas. Cuéntamelo de una vez.

–Si ya te lo estoy diciendo…

–Pues peor para ti; porque si no me lo cuentas a mí, tendré que decírselo a mi padre. A él no le vas a engatusar con excusas. Te hará cantar, vaya si te hará cantar.

–No, por favor, Lianina, no se lo digas a nadie.

–Pues venga, hombre, déjate de milongas y desembucha ya.

Y lo soltó todo desde el principio: la partida de canicas, el empujón terraplén abajo de Matagallos, su desquite desde la morera… el juramento

que arrancó de Chucero para que no dijera nunca nada a nadie…

Rosalía hubiera sido una excelente inspectora de Policía: pocos hubieran podido resistir sus interrogatorios.

–Es que el tonto de Chucero se chivó; y ahora ese Matagallos quiere vengarse.

–¿Y tú no lo harías si estuvieras en su lugar?

–Hum… Seguramente sí; pero yo lo haría de hombre a hombre, no así, cuatro contra uno, el gran cobarde…

–Claro; pero él piensa que tú le atacaste a traición, sin dar la cara, ¿verdad?

–Ya, pero él empezó tirándome por el barranco al río.

–Bueno. No diré nada porque te lo prometí; pero veré de indagar algo más. Tengo una amiga que es novia de un guardia civil; y sé que su padre ha tenido problemas con la justicia. Y, en cuanto a Matagallos, he oído que iban a enviarle al reformatorio.

–También me amenazaron a mí con el reformatorio cuando lo de las uvas albillas.

–Lo tuyo no tiene nada que ver... Pero no salgas a la calle solo. Total, quedan cuatro días para que te vayas. Allí no irá a buscarte; pero mejor si llegas de una pieza.

Ese día, el gallito sin miedo no se atrevió a salir, ni solo ni acompañado. Bajó al corral, donde su abuela zurcía un almohadón, y se sentó a su lado. De repente le habían entrado unas enormes ganas de saber más detalles de cómo era que Camila se fue al convento, de cuándo se quemó la casa, de su tía la de Argentina, de cómo le podía doler a ella el pie que le faltaba, de cómo era su abuelo Pedro…

La abuela era una persona cariñosa y discreta. Pedro y ella se querían cordialmente, pero casi nunca tenía él tiempo para hablar con ella. Su miedo a Matagallos le brindó una oportunidad de oro. Ella estaba encantada de charlar con su nieto, así, sin prisas y cuando se iba a ir con los frailes. Tras satisfacer su curiosidad, ella añadió:

–Haces muy bien en ir allí; y si llegas a cantar misa, será un honor para ti y toda la familia.

–Es que, abuela, yo no soy ningún meapilas.

–¿Mea qué…?

–Meapilas; así llamamos a las beatas que siempre están en la iglesia y luego son las peores. Quiero decir que no sé si tendré vocación, y todo eso me asusta.

–Pues si te asusta, no tienes por qué ir.

–Pero es que el colegio, el mar y todo aquello es tan bonito que también me gusta ir.

–Entonces vete y prueba; y si no te gusta ni sientes la vocación ésa, te vuelves.

–Ya, claro; pero dejar todo esto… la familia, los amigos…

–Ya ves lo feliz que está Consuelín en su convento. También le costó dejar a la familia y a sus amigas, ¡ya lo creo! Pero eso se pasa.

–Uy, yo la vi como en una cárcel... sin poder salir de allí ni a pasear con nosotros…

–Pero nadie la obliga: es su vocación, y ella está feliz allí.

–Yo no podría vivir así, abuela, seguro que no.

–Los curas y los frailes son otra cosa. Ellos mandan mucho, y todos les respetan. Las monjas, como son mujeres, tienen que estar encerradas en la clausura.

–¿Para qué necesitan eso de la clausura y las rejas…?

–Porque sí. Supongo que para protegerlas. No te puedes imaginar lo que hicieron los rojos con las monjas y los frailes cuando la guerra…

Y siguieron hablando de la guerra, de sus dudas, de su gran ilusión por ir a ver el mar, del viaje en tren y de lo que le habían contado de aquel colegio tan maravilloso. Al final, era él quien parecía intentar convencerla a ella de que tenía que irse para allá.

Rosalía, consciente de lo asustado que había dejado a su hermano, pese a sus bravatas, no quiso encargarle ningún recado que le obligara a salir. Su madre había ido a la finca para ayudar y hacer un inventario de los conejos, pollos, repollos y otras cosas con que podría contar para La Peña porque, a su vuelta de Cóbreces, ya no tendría tiempo para nada. Todos los demás estaban también en la finca; menos Victoria y Verónica, que no

paraban de marcar las cosas de su hermano en la habitación italiana. Le gustó verle charlar con su abuela, y se fue a buscar a la novia del guardia civil. Lo bueno de los pueblos es que todo queda cerca; y, si no localizas a alguien, enseguida te dicen dónde buscar. Tras la charla con su amiga, volvió a casa y le comentó a Pedro:

–No creo que ni Matagallos ni ninguno de su panda te vuelvan a molestar.

–Que yo no les tengo miedo, ¿eh?

–Ya lo sé; pero si no llego a oírte desde la cocina, igual estabas ahora en el hospital.

–Pues yo tengo que despedirme de mis amigos.

–Claro. De todos modos, será mejor que vayas acompañado; porque también tendrás que despedirte de tus tíos, primos, vecinos…

<<Ostras, ¡cuánta gente!>>, pensó.

–Tampoco me voy al fin del mundo, y volveré cada verano.

Si pudiera, se saltaría ese protocolo de despedidas familiares.

–Sí, pero es de buena educación hacerlo cuando uno se va tan lejos y por tanto tiempo.

–Sí, sí, ya pensaba en hacerlo –mintió.

Las preparaciones se aceleraban: su padre pudo vender a buen precio otra partida de patatas, y confirmó los detalles del viaje.

Pasarían viajando todo el viernes; y tendrían todo el sábado y la mayor parte del domingo para conocer bien aquello y volverse tranquilos.

Dos días después del intento de linchamiento por parte Matagallos y su panda, Pedro se encontró cara a cara con su amigo traidor.

–Eres un chivato de mierda –le espetó a Chucero, sin mediar ningún otro saludo–. Le has contado todo al marrano Matagallos.

–No. Mentira podrida. Te lo juro: nunca he dicho nada a nadie de aquello, nada.

–Pues dime tú quién se lo dijo.

–Vete tú a saber…

–Estabas tú solo.

–A lo mejor lo vio alguna vecina…

–¿Y lo dice ahora, con todo lo que anduvieron indagando y preguntando?

–Pues te juro por lo que quieras que yo no dije nada. Que aquí mismo me parta un rayo si miento.

Y esperó Pedro, algo espantado, por si caía fulminado allí delante de sus narices. Pero nada ocurrió. <<A lo mejor estas cosas de la justicia divina tardan más…>>, pensó. Pero Chucero ni murió ni enfermó, y Pedro pudo hacer su peregrinaje para despedirse de todo el mundo con total normalidad.

<<¿Será por el poder casi omnipotente de la Guardia Civil?>>, se preguntaba.

El día esperado, y algo temido, llegó en un suspiro. Sus hermanos y familiares más próximos le despidieron emocionados e ilusionados en igual proporción, felices de saber que le volverían a tener entre ellos durante el verano.

Tomaron el coche de línea de las siete, y luego el expreso a Irún con parada en Torrelavega. Además del maletón de Pedro, su padre llevaba otra maleta más pequeña para el matrimonio. Él ayudaba a su madre con la gran cesta de víveres para el viaje.

–¿Gustan ustedes? –ofrecieron cortésmente a los dos acompañantes de compartimento.

–No, muchas gracias –contestaron estos; aunque se les iban los ojos de vez en cuando hacia el jamón y la longaniza que comían.

El tren circulaba con enorme lentitud, parando en multitud de estaciones y apeaderos. Pedro era todo ojos y oídos, pegada su nariz al cristal, atento a cuanto desfilaba ante sus ojos.

Tras largas horas de tren, se percataron de que el paisaje iba cambiando lentamente: ante sus ojos se iba produciendo una metamorfosis admirable desde la reseca meseta castellana. La Tierruca, cuyo nombre aún ignoraban, comenzaba a hechizarles con el encanto de sus colinas cada vez más verdes. Los pueblos tampoco se parecían en nada: las casas parecían diseminadas acá y allá, como dejadas sin cuidado en mitad de praderas ondulantes, tachonadas por bosques de robles, castaños, pinos y

eucaliptos. También había ganado paciendo por doquier.

–¡Quién fuera vaca, o toro, por estas tierras! –comentó su padre, siempre ocurrente.

–¡Y cuánta leche podríamos vender! –confirmó su madre.

–El problema es que no se puede cultivar casi de nada, porque no hay tierra llana.

–Es verdad. Todo son tesos y montes. Es tan diferente y tan bonito… ¿Verdad, Pedrín?

–Sí –respondió ensimismado, como si no pudiera creer lo que veía.

Torrelavega, en cambio, sí les pareció una ciudad normal, similar a Valladolid; aunque más pequeña y llena de altas chimeneas de fábricas. Pero era imposible ver el color de la tierra, cubierto a cada palmo por una vegetación lujuriosa.

"Preguntando se va a Roma", se decían; y así fue como acertaron con la parada de coches de línea con destino a San Vicente de la Barquera, con parada en Cóbreces. Tuvieron suerte porque, aunque el tren había llegado con retraso, cogieron el último con ese destino.

–Mira, Marta, qué vega tan grande y tan llana se ve allá a lo lejos. Allí sí que se podrá labrar y cosechar de todo.

–Uy, síííí… Se pierde de vista.

Una señora que tenían delante rompió a reír, aunque lo disimuló con una tos artificial.

Siguieron los tres castellanos boquiabiertos admirando aquella llanura interminable sobre la que, a medida que se acercaban, iban apareciendo ovejas diseminadas; no en rebaño, sino desparramadas por toda la superficie, apareciendo y desapareciendo sin parar.

–Oye, Camilo, esa vega que decimos, ¿no será el mar? –observó Marta.

–Sí, es la mar –confirmó sonriente la señora de delante, volviéndose un poco–. ¿De dónde son ustedes?

–De Valladolid.

–Y es la primera vez que ven la mar, ¿verdad?

–Sí, la primera –confirmó su padre–. Por eso nos parecía una vega ideal para el cultivo.

–Le pasa a mucha gente cuando la ven desde lejos; pero, a medida que nos acerquemos, podrán ver claramente el agua y las olas.

–Es tan bonito… –musitó Pedro–. Quiero tocar el agua, y ver si es tan salada como dicen.

–Sí que lo es. ¿A dónde van?

–A Cóbreces.

–Ah, ¿sí? Pues Cóbreces tiene una playa bien bonita. Supongo que vienen de vacaciones.

–Oh, no. Venimos a dejar a nuestro hijo en un colegio que hay allí; pero nosotros nos volveremos a Valladolid el domingo.

–Ah, ya, al colegio del monasterio de Viaceli. Un buen colegio, según tengo oído.

–¿Va usted también a Cóbreces?

–No, yo sigo hasta el final; voy a San Vicente de la Barquera. Si tienen tiempo, no dejen de visitarlo.

–¿Y sería usted tan amable de avisarnos cuando estemos llegando a Cóbreces?

–Sí, claro; faltan unos veinte minutos. ¿Ven allá, a la izquierda, aquel gran edificio blanco con una torre tan alta y afilada?

–Sí.

–Pues ése es el monasterio de Viaceli. Al lado está el colegio. Las casas de alrededor son de Cóbreces.

–Es todo tan bonito… –dijo su madre–. Nunca habíamos visto algo parecido.

Tanta admiración estaba justificada. La vista de Cóbreces resultaba espectacular cuando se dejaba ver, al rodar el autobús sobre algún altozano de la ondulante carretera.

–Además, en un día claro, se verían los Picos de Europa nevados al fondo:

una vista para pintar un cuadro… –les explicó la amable señora.

Aquellos veinte minutos se pasaron en un suspiro y, al ir a bajar, la buena mujer les indicó dónde estaba la portería del monasterio, unos metros más arriba a la izquierda.

Tocaron la campana, y enseguida apareció un monje joven y sonriente, vestido con un hábito pardo, que les saludó:

–Ave María purísima.

–Sin pecado concebida –contestó Marta, presurosa.

–Bienvenidos sean. Soy el hermano Doroteo, el portero. Les esperábamos: tú debes ser Pedro, el hermano de Sor María de la Consolación, ¿verdad?

–Sí.

–Estupendo: Voy a avisar al hermano Andrés, el hospedero; él se ocupará de ustedes. Siéntense, por favor, y esperen, que enseguida volvemos.

En efecto, los dos hermanos aparecieron a los pocos minutos.

–Este es el hermano Andrés –les presentó–, y estos señores son los padres de Pedro, el nuevo oblato recomendado por el monasterio de Carrizo.

–Bienvenidos. Pero tienen que estar muy cansados. Les llevo a sus habitaciones y les serviré la cena enseguida.

–Sí, algo cansados sí que estamos. Salimos a las siete de Tordesillas…

–Claro, claro. Síganme –pidió, y cargó con las maletas.

–No hace falta, hermano, muchas gracias –protestó su padre, aunque él siguió con la más pesada. Tanta amabilidad les hizo pensar en el poder de la Madre Abadesa de Carrizo.

–De momento, estarán solos en la hospedería. El domingo esperamos a otro oblato nuevo con sus padres. Acomódense. Yo les serviré la cena en media hora.

–Muchas gracias, hermano.

Las habitaciones eran grandes, y con bonitas vistas: una doble para el matrimonio, y otra individual para Pedro. Las dos tenían un lavabo con agua corriente y mesita de noche con su orinal; y, al final del pasillo, había un retrete común. Sacaron lo imprescindible para la noche.

La cena fue abundante, y excelente: sopa, tortilla francesa, filete de ternera con patatas fritas, fruta variada y queso a voluntad. Mientras cenaban, el hermano Andrés les iba explicando el programa para el sábado.

–El padre Juan, el Maestro de Oblatos, vendrá a verles mañana sobre las diez. Aprovechen para preguntarle todo lo que deseen. Tú también, Pedro; porque le interesará todo, y él contestará a todo, de manera que ustedes puedan volver bien tranquilos.

–Ya nos escribió –dijo Marta.

–Claro; pero por carta es difícil dar todos los detalles. Además, también él les preguntará a ustedes y a Pedro. Querrá asegurarse de que él podrá adaptarse bien aquí.

En efecto, al padre Juan le interesaba absolutamente todo sobre la familia: los estudios de Pedro, sus preferencias, el trabajo en la finca... Luego les recordó las normas del colegio con mucho más detenimiento. Y les invitó a que le preguntaran con total confianza y libertad.

–¿Qué pasaría si nuestro hijo no se adaptara y deseara volver? –preguntó su padre.

–Eso podría ocurrir. Lo normal es que añoren su familia unos días, o semanas; pero si no pudiera adaptarse, les escribiríamos para pedirles que volvieran a recogerle. Somos los más interesados en no tener aquí a nadie a disgusto.

–¿Pasa eso a menudo? –preguntó su madre, preocupada ante esa eventualidad.

–Muy pocas veces el primer año. En los siguientes, algunos pueden decidir no volver tras las vacaciones, o invitarles nosotros a no regresar.

–¿Y si no puede con los estudios?

–Pasaría lo mismo; pero no creo que sea el caso con Pedro, por las noticias que tenemos de Carrizo. Ya sabemos cómo se presentó enfermo al examen de ingreso, y lo aprobó; no todos son capaces de hacer algo así.

<<Está al corriente de todo>>, se admiraron.

–¿Tienes algo que preguntar tú? –se dirigía ahora a Pedro.

–No, no se me ocurre nada –contestó, aún cohibido.

–Es natural que te encuentres cortado. Pero yo voy a ser tu Padre Maestro; no un profesor, sino como un sustituto de tus padres aquí. Así que, cualquier cosa que se te ocurra o te disguste, cuéntamela, en cualquier momento, ¿eh? Yo intentaré arreglarlo para que te sientes bien. Me gustaría que confiaras en mí. ¿Crees que podrás hacerlo?

–Sí, yo creo que sí –dijo él, vacilante.

–Es que el pobre no había salido de Tordesillas hasta que le llevamos a Carrizo. Por eso está algo asustado –quiso su madre justificar su timidez.

–Claro. Les ocurre a todos en esta primera entrevista –intentó a su vez tranquilizarla, leyendo en sus ojos anhelo de su madre.

Siguieron hablando un buen rato, en que les explicó lo esencial sobre la orden de los Cistercienses; la misma orden que el convento de Carrizo, pero de la rama masculina. Había monjes de coro, con hábito blanco como él. De entre los mejores, si aprobaban toda la carrera y lo deseaban, podían llegar a sacerdotes. Los hermanos legos, con hábitos pardos, no estudiaban la carrera clerical y se dedicaban más al trabajo manual.

–¿Cuántos de los que empiezan llegan a sacerdotes? –preguntó su madre, ilusionada.

–No muchos: unos tres de cada diez. Pero eso sólo depende de la vocación de Dios y de que cada uno quiera seguirla libremente.

–Sí –dijo ahora su padre–. Eso de la vocación es algo misterioso… Sor Consuelo, tan delicada de salud, no ha querido ni oír hablar de volverse a casa para reponerse.

–Efectivamente; aquí todos conocemos la historia de su hija: es uno de los ejemplos más claros de vocación. Pero eso sólo lo saben Dios y el que quiere seguir su llamada.

<<Eso de la llamada, ¿cómo podrá ser…? Porque a Moisés se le apareció en forma de zarza ardiendo>>, se asustó Pedro, aunque no se atrevió a preguntar.

–Sí, Consuelín y yo rezaremos para que llegue a sacerdote –suspiró su

madre.

–Háganlo, desde luego. Pero eso ocurriría más adelante, cuando sea mayor. Y él lo sabría con toda claridad, y siempre sería libre de serlo o no.

Siguieron hablando de temas menos trascendentes: la finca, los otros hermanos, la abuela... Al final añadió:

–Ahora tengo que dejarles; pero José Luis les enseñará el colegio. Es un compañero que llegó hace una semana. Pueden preguntarle también a él todo lo que deseen. Luego, les traerá aquí para la comida; y por la tarde, si quieren, puede llevarles a la playa, que está a menos de un kilómetro. Es muy bonita, ¿les gustaría verla?

–Oh, sí. Ninguno de nosotros ha visto el mar todavía.

–Les gustará; a todo el mundo le gusta.

Avisó al hermano Andrés para que hiciera entrar a José Luis. Era un año mayor que Pedro, y no parecía nada asustado. Fue él quien les hizo de guía por el colegio, los campos de juego… lo más importante que había que ver. También respondía con seguridad a todo tipo de preguntas. <<Éste ya se ha adaptado en una semana, y se le ve contento>>, pensaban.

El colegio resultó enorme. José Luis les explicó que, antes de la guerra, era una escuela agraria; y que, en estos momentos, no se utilizaba más que una parte. Pero lo que vieron les gustó mucho. Pedro se pasó un buen rato con la boca abierta ante las puertas acristaladas del museo de Ciencias Naturales. Allí se podía ver una gran cantidad de animales disecados: un zorro, un lobo, varios otros mamíferos, y pájaros que nunca habían visto.

–Aquello parecen huevos gigantes –se le escapó a Pedro.

–Sí, son de avestruz. Los hay de todo tipo de aves; desde los más grandes a los de colibrí, que son poco mayores que un garbanzo. Desde aquí no se ve casi nada; pero hay un cartel al lado, indicando lo que es cada cosa.

–¡Y cuántas mariposas! –exclamó al descubrir decenas de vitrinas inclinadas para observarlas mejor; había muchísimas, de todos los colores y tamaños.

–Sí; como era escuela de agricultura, hay de todo en este museo.

–¿Podremos verlo por dentro? –se interesó Pedro.

–Me dijeron que sí, cuando estudiemos la Historia Natural. A mí me lo enseñó el padre Alarico, un monje joven que ayuda al padre Juan; traía la llave para ventilarlo.

Las clases eran grandes y luminosas. Vieron también la biblioteca y la clase de música, con su piano y otros instrumentos. Luego les llevó a la capilla, más grande que muchas iglesias, y les explicó que venía mucha gente los domingos y festivos para la misa cantada por la escolanía. Ahora ya no la había, porque los de la tanda anterior habían pasado al noviciado; los que habían querido, claro, pero no tardarían en volver a formarla de nuevo con ellos.

Vieron también el gran dormitorio y el refectorio. El enorme comedor fue lo que menos le gustó a Pedro, con sus largas mesas forradas de zinc y un olor indefinido, poco agradable. Finalmente visitaron los campos de juegos. Eso sí que le gustó.

–Hala, un campo de fútbol de hierba, con porterías y todo…

–Sí, aquí la hierba sale sola por todas partes; sólo que hay que segarla de vez en cuando. También tenemos un frontón, y salas con juegos de todo tipo para cuando llueve.

<<Sí, un frontón como Dios manda>>, se admiró Pedro al visitarlo, <<nada que ver con la pared de Santa María en Tordesillas, donde jugábamos>>, siguió sumando ventajas. <<Hala, si hay un futbolín nuevecito>>, se entusiasmó Pedro, cada vez más ilusionado.

Todo les pareció de primera categoría, tal como se lo habían pintado en Carrizo. Mucho mejor que las escuelas de Tordesillas, incluida la academia.

–¿Qué harán esta tarde? –se interesó Pedro, señalando a un grupo de chicos, que intuyó serían sus compañeros y que jugaban a diferentes cosas.

–Creo que irán al Bolao. Allí hay una presa para el molino, y sirve de piscina. Algunos hasta se tiran de cabeza.

–Pero yo no sé nadar muy bien.

–Pronto aprenderás. Yo tampoco sé; pero dicen que todos aprenderemos allí enseguida.

–¿No irán a la playa?

–No lo creo, porque ya fuimos ayer, y suelen ir alternando. Hay muchísimos sitios bonitos a donde ir. Si quieren, podré acompañarles a la playa esta tarde. Es muy bonita y divertida.

–Claro que queremos –contestaron los tres casi al mismo tiempo.

–Entonces será mejor ir a la hospedería para comer. Así habrá más tiempo por la tarde.

–Sí, claro. Porque ya lo hemos visto todo, ¿verdad?

–Oh, no, qué va. Lo del colegio sí; pero falta la fábrica, las cuadras, la huerta, la finca de Aranda… Solo han visto lo más importante para nosotros, los oblatos.

Estaba visto que el monasterio era una comunidad bien organizada y autosuficiente. Pero, puestos a escoger, la playa parecía lo más interesante para unos castellanos sedientos de mar, que ya les había cautivado desde lejos.

Hacia los postres, se presentó el padre Juan para preguntar cómo había ido la visita, y si tenían alguna duda o curiosidad nueva. No la tenían, y estaban ansiosos por ir a la playa. El mismo padre Juan les llevaría a la carretera que les conduciría allí sin pérdida posible.

–Así podrán hablar y disfrutar más en privado... –les dijo, sabiendo que el baile de las olas iba a ejercer un hechizo irresistible sobre Pedro–. Le dije a José Luis que ya lo haría yo.

–No habrá peligro, ¿verdad? –inquirió Marta, siempre inquieta ante lo desconocido.

–No, a no ser que quisieran entrar a bañarse.

–No, eso no; ¿pero podremos mojarnos los pies y comprobar lo salada que dicen que es? –preguntó Pedro.

–Claro que sí. Pueden entrar y mojarse hasta las rodillas; pero no más, porque alguna ola podría mojarles o tirarles.

–No, qué va…, sólo los pies –aseguró Marta.

–Mejor que vuelvan hacia las seis. Conviene que sigamos conociéndonos mejor y puedan ustedes irse bien tranquilos mañana.

<<Mañana se irán>>, se alarmó Pedro.

–Aquí estaremos –prometió su padre.

–Mañana, después de la santa misa, seguirán viendo más cosas. Les acompañaré a coger el último coche a Torrelavega. Para entonces tendrá que estar decidido si Pedro se queda o regresa con ustedes.

–Se quedará –afirmó su madre muy segura. Nueva luz de alarma para Pedro.

Tras la comida, caminaron como diez minutos por la carretera desde donde les había dejado el padre Juan. Al rodear un recodo, se quedaron extasiados ante el panorama que se desplegaba allá abajo. La playa, vista desde la carretera, les pareció enorme, desierta y bellísima. Tras contemplarla embobados un rato desde allí, siguieron bajando hasta caminar sobre una arena fina, del color de la harina tostada, mientras aspiraban el fuerte olor a marisco fresco que traía la brisa.

Se descalzaron y caminaron hacia el agua. La arena estaba caliente por el sol, y sus pies se hundían ligeramente. A lo lejos, el agua tenía un color azul oscuro, y se iba difuminando hacia el turquesa en dirección a la playa, hasta convertirse en tumultuosa espuma blanca para seguir deslizándose hacia ellos, ya totalmente transparente. Sentados allí sobre la arena seca, siguieron hechizados por las olas. No podían apartar su vista de aquellos enormes lomos que llegaban de lejos, como gigantescos caballones, entre bancales de agua plana; pero, a medida que se acercaban, afilaban sus crestas hasta parecer transparentes y caer retorciéndose sobre sí mismas. Formaban primero como un tubo de cristal, para desplomarse enseguida, con un chasquido seguido de un rugido amenazador, en persecución de la ola anterior. Pero, al poco, como arrepentidas, iban amansando su furia hasta llegar a morir mansamente sobre la arena, desistir allí y retroceder con creciente velocidad hacia su hogar en la inmensidad del mar. Un espectáculo embrujador.

Tras comprobar lo salada que era, regresaron a la arena seca y volvieron a sentarse ensimismados. <<¿Qué fuerza las mueve, si casi no hay viento?>>, se preguntaban.

Enseguida, Pedro quiso jugar con las olas. Llevaba pantalones cortos; aun así se los arremangó todo lo que pudo para evitar mojarlos. No se aventuró muy adentro porque, aun debilitadas, las olas llevaban mucha fuerza, y salpicaban contra sus pantorrillas. Se dio cuenta de que la arena mojada era mucho más consistente, y que podía perseguir a las olas cuando retrocedían y huir delante de las nuevas que se desparramaban pendiente arriba.

–Ten cuidado, no te vayas a mojar –le gritó su madre.

–Qué va, no podrán alcanzarme. Yo corro más rápido.

–Pero no dejes que el agua te llegue a las rodillas, ya oíste al padre Juan.

–No, no entraré tanto –voceó, tratando de hacerse entender, entre tanto estrépito.

Pero se confiaba cada vez más, y retrasaba la huida, muy seguro de sus veloces piernas. Hasta que, mientras escapaba de una especialmente veloz, mirándola de reojo hacia su derecha, le alcanzó otra por la izquierda, que venía cabalgando en diagonal sobre la que le perseguía: le caló hasta la cintura, y faltó poco para derribarlo. Sus padres se asustaron mucho; pero no le querían reñir ese día y rompieron a reír a carcajadas. Se quitó los pantalones, y su madre los tendió sobre una roca caldeada por el sol. Pedro había aprendido su primera lección sobre la mar y sus traiciones; no sería la última.

Tuvo que ponerse los pantalones a medio secar, porque su padre dio la orden de regresar para llegar a la hora convenida con el padre Juan. Tal como el monje había previsto, todo fueron exclamaciones de admiración, tanto de Pedro como de sus padres. No habían visto ni oído sirena alguna; pero la fascinación que les produjo aquella mar debió asimilarse a la alucinación de los marineros de Ulises. Les dejó comentar a sus anchas su experiencia, convencido de que aquel entusiasmo resultaría mucho más convincente que sus mejores razonamientos.

Durante el domingo, siguieron con los descubrimientos. Nueva entrevista con el padre Juan, aportando algunas explicaciones adicionales con la intención de provocar sus preguntas o curiosidad. Todo parecía ir sobre ruedas. <<El lugar es de ensueño, el colegio magnífico, igual que todo lo demás; la playa sobre todo>>, pensaban unánimes.

A las diez de la mañana asistieron a la santa misa, con los primeros bancos ocupados por unos cuarenta chicos de la edad de Pedro. En la parte de atrás se congregaba también un nutrido grupo de adultos que preferían cumplir allí el mandamiento de la Santa Madre Iglesia, en vez de subir a la parroquia, que quedaba más alejada y cuesta arriba.

Pedro estuvo mentalmente ausente durante la misa. Del sermón del padre Juan sólo retuvo que ése era un día de gozo porque, de entre aquellos jóvenes, algunos serían llamados a abrazar la vida monástica y el sacerdocio. Pero, pese a aquella alusión, ahora pesaba mucho más la realidad inmediata y entusiasta del colegio y de su entorno.

Finalizada la misa, el mismo José Luis les invitó a visitar lo poco que se podía ver en un día festivo de algunas otras instalaciones. Quedaron

asombrados ante las enormes cuadras, donde había no menos de sesenta vacas lecheras, más una gran pocilga y un enorme gallinero. Pudieron ver también algo de la fábrica de quesos, que les pareció enorme.

–Aquí nos tocará venir alguna vez a ayudar –anunció José Luis.

–¿Ayudar a qué?

–A dar la vuelta a los quesos, a lavarlos…

–O sea, que aquí, además de estudiar, también trabajáis –inquirió Camilo.

–Sí; aquí todo el mundo tiene algunas horas de trabajo. A veces nos piden venir aquí a ayudar con los quesos, la mantequilla... cosas así.

–Me parece muy bien. Hay que saber hacer de todo –le dijo a su hijo.

Tras la comida, el mismo José Luis les llevó al Bolao y su imponente acantilado: una altísima pared vertical que mostraba sus desnudas costillas, formadas por estratos milenarios de diferentes coloraciones. Abajo rompían las olas con estrépito, y la pared se perdía arriba, entre los prados.

Cerca del abismo, y rodeado de praderas ondulantes, se levantaba el molino del monasterio. Ya no lo utilizaban, y lo tenían alquilado, junto con los prados colindantes.

Para conseguir la fuerza motriz, había una gruesa presa que embalsaba el agua de un río que desembocaba allí. En el punto más profundo de la balsa habría unos cuatro metros, les explicó. Por encima de la presa se levantaban los muros del molino. Abriendo cualquiera de dos compuertas situadas en la parte más profunda de la balsa, brotaba un potente chorro, que al chocar contra los álabes de la rueda motriz la hacía girar a gran velocidad; una larga viga hacía de eje transmisor de la fuerza a la pesada piedra del molino.

–Es bonito verlo funcionar –les aclaró José Luis–; yo ya lo he visto una vez.

–Lástima; pero claro, como es domingo… –se resignaron los visitantes.

–Aquí, en esta balsa, que es muy profunda, es donde vendremos a aprender a nadar y a divertirnos.

El agua rebasaba la presa y caía en cascada escalonada, a través de una garganta que se iba ensanchando hasta fundirse con la mar, mucho más

abajo.

De lo alto y junto al molino, bajaba en zigzag un sendero que conducía al fondo del barranco y las enormes rocas donde rompían las olas con furia. Con mar gruesa y pleamar, las olas producían un rugido ensordecedor y proyectaban cataratas invertidas, de abajo a arriba, de agua y espuma, hasta alturas increíbles.

Horas se hubieran pasado contemplando el espectáculo; y eso que el día era tranquilo y en bajamar. Pero aquí, ni Pedro se hubiera atrevido a caminar sobre las rocas, ni se lo habrían permitido.

–Es muy peligroso –explicó José Luis–. A veces te parece que el agua está lejos, como ahora; pero en cuanto te descuidas mirando algún pez o algún cangrejo entre las rocas, puede caerte encima una cortina de agua y tirarte entre las rocas y hacerte mucho daño.

–Pero, si es tan peligroso, ¿por qué os dejan bajar hasta aquí? –preguntó la madre, asustada e impresionada.

–Nunca podemos venir solos. Siempre vienen dos monjes con nosotros a todas partes. Ellos fueron también oblatos, y tienen mucha experiencia: saben hasta cómo va lo de las mareas. Y nos dejan hacer algunas cosas; pero otras no.

–Desde luego –dijo Camilo, también asombrado–. Si una ola de esas te tira contra una roca, puede que te mate.

–Claro; por eso ellos no nos pierden de vista, y muchas veces ni nos dejan bajar hasta aquí. Pero ahora el mar está en calma. Lo más peligroso sería meterse por aquellas pasarelas de rocas que ahora están secas: cuando la marea va subiendo, te puede sorprender alguna ola y arrastrarte hacia adentro. Por eso no nos dejan.

Allí, en el fondo del barranco, se veía cómo caía el agua desde la presa, formando una bella cascada escalonada al caer por diferentes capas de estratos. Se quedaron un buen rato alelados ante el incesante batir de las olas contra las rocas, con el ruido más uniforme de la cascada a sus espaldas. No sabían qué les gustaba más: si la playa con sus olas, que morían mansas sobre la arena; o su potencia al chocar contra las rocas, convertidas en espuma y lluvia salada. El reloj de Camilo cortó su contemplación.

–Tenemos que irnos ya. No podemos correr el riesgo de perder el coche de línea.

–Hay que ver qué rápido ha pasado el tiempo –dijo su mujer.

–Esto es extraordinario. ¡Qué suerte tenéis estudiando aquí! –dijo a los dos.

–Sí, señor, desde luego que sí –corroboró José Luis.

Pedro no contestó porque, a pesar de la fascinación que le causaba todo lo que había visto, se le embarullaban los sentimientos a medida que se aproximaba la hora de la despedida. Siempre había vivido con su familia; pero ahora sus padres iban a dejarle allí, ante un mundo lleno de incógnitas: nuevos compañeros, estudios, trabajos, juegos, disciplina… y sin el manto protector de los suyos. Él, que tantas veces pedía que le dejaran en paz para moverse a sus anchas, ahora se sentía como incapaz de hacer nada por sí mismo, allí solo.

–Solo no. Eso sí que no –le contestó el padre Juan, cuando se le escapó esa inquietud–. Aquí tendrás muchos nuevos amigos que están deseando conocerte; y disfrutarás de casi dos meses de vacaciones de verano. No te preocupes ahora, porque a todos les pasa igual el primer día. Mañana lo irás viendo todo mucho mejor.

Al padre Juan le encontraron esperándoles en la hospedería. Quería conocer por sí mismo el estado de ánimo tanto de Pedro como de sus padres; por eso, intentó atajar enseguida el primer y peor escollo de la despedida. Cambió de tema, recordando lo santa que era su hermana, y lo feliz que se sentía en Carrizo; y pidió más detalles sobre la finca. De repente, formuló la pregunta esencial:

–Entonces, ¿les ha parecido bien todo lo que han visto y lo que hemos hablado?

–Sí. Nos parece todo muy bonito y muy bien organizado –asintieron sus padres.

–Sí que lo es. Nuestra orden ya tiene ocho siglos de existencia; no hubiera podido sobrevivir si no fuera así.

–Así tiene que ser –opinaban también sus padres.

–Y, además, se aseguran la vida eterna, como nos dijo nuestra hija Consuelín –añadió su madre.

–Sí; Sor Consuelo es una santa que irradia felicidad. Pero también tuvo que abandonar su familia para vivir en clausura. Son los misterios de la santa vocación; pero eso sólo ocurre con unos pocos elegidos; si no, todos se harían monjes o monjas –añadió riendo–. De lo que se trata ahora es

de saber si Pedro prefiere seguir estudiando aquí o volver a la academia.

–Esto le gusta mucho. ¿No es así, hijo? –quiso reafirmarse su padre.

–Sí, claro que sí –contestó él, seguro y melancólico a la vez.

–Entonces, ¿ustedes se irán convencidos y satisfechos? –se dirigió el monje a sus padres.

–Sí, mucho.

–Y tú, Pedro, ¿estás seguro de que quieres quedarte?

–Sí.

–¿No prefieres volverte con tus padres?

–Hum… quiero quedarme.

–Estupendo. No tienen nada que temer, porque tanto los profesores como yo y toda la comunidad le cuidaremos como si fuera un hijo más en Cristo. Les acompañaré a la parada del autobús.

Todavía faltaban como diez minutos; pero el padre Juan prefirió dejarlos allí solos. Parecía no querer influir en el último momento.

–Les dejo ahora para que puedan despedirse. Cuando arranque el autobús vendrá el hermano Doroteo a recogerte. Es tan bondadoso... Luego, José Luis, que ya te tiene por amigo, cenará contigo y te acompañará a la hospedería para dormir allí esta noche.

–Muchas gracias; gracias por todo –respondió Camilo, siguiéndole con la mirada.

Marta no dijo nada porque era ahora, sólo ahora, cuando se daba cuenta de que tenía que separarse de su Pedrín. Por un lado, pensaba que se podría cumplir su viejo sueño de tener un hijo sacerdote; pero, aun así, se le había hecho un nudo en la garganta, y no pudo ni decir adiós al padre Juan cuando éste le tendió la mano, que ella besó con ojos enrojecidos. Lentamente, empezaron a correr por sus mejillas unas lágrimas silenciosas, que trataba de ocultar por no contagiar a su hijo.

No lo necesitaba: una marea de temor y tristeza se iba abatiendo sobre él y, al ver también los ojos húmedos de su padre, rompió a llorar a moco tendido. Fueron unos minutos muy duros para los tres. Su madre le abrazaba llorando, ya sin disimulo alguno. Su padre también le abrazó y le

repitió, haciendo un esfuerzo por darle seguridad:

–Hijo, esto no es ningún castigo. Creemos que será bueno para ti, porque deseamos que tengas una carrera, aquí o donde sea; pero si no estás a gusto, ya sabes, no tienes más que escribirnos y volveremos a buscarte. ¿Lo entiendes?

–Síííí…

Ese comentario de su padre, aunque ya lo había oído tantas veces, fue muy oportuno; y le tranquilizó en parte, sólo en parte, porque él no quería decepcionarles por nada del mundo. Y se decía a sí mismo: <<aguantaré lo que sea antes que fracasar>>; porque un fracaso le parecía a él tener que regresar a casa. Pero no dijo nada. Le pasaba como a su madre, y un nudo similar en la garganta le impedía articular palabra.

Paró el coche de línea. Les costó despegarse del último abrazo. Subió primero su madre, sin atreverse a mirar atrás; la siguió su padre, atento de reojo a cualquier signo alarmante de su hijo inmóvil, igual que una estatua, si las estatuas pudieran llorar. Allí siguió, sin moverse un ápice. Vio desaparecer el autobús tras una curva, y sintió el brazo del hermano Doroteo, que le rodeaba por los hombros.

–Ya está. Aquí tendrás también una gran familia. Ya verás qué pronto te sientes feliz, en tu nueva casa y con tantos hermanos.

–Se… han iii-do… –pudo balbucir al fin, entre sollozos.

–Claro; a todos nos ha pasado lo mismo y nos hemos sentido como tú. Pero ya verás qué pronto se te pasa. Vámonos dentro, que ya no hay nada que hacer aquí.

Le siguió dócil, mientras el hermano trataba de consolarle:

–Mañana irás a la playa con tus nuevos compañeros. Ya verás qué bien te lo pasas. Ellos ya saben muchos juegos para divertirse en la arena y con las olas. Trajiste traje de baño, ¿verdad?

–Sí –confirmó, y desfilaron por su mente las maravillas recientes junto al mar.

El cambio de tema y el anuncio de la visita a la playa, que tan a poco le había sabido, le hizo bien, y apaciguó un poco su pena. Sólo cuando le notó más tranquilo, el hermano llamó a José Luis, que esperaba en otra zona de la portería.

–Hola, Pedro.

–Hola, José Luis.

–Bueno, como ya os conocéis –dijo el hermano–, poco tengo que añadir. José Luis es un buen compañero, y te ayudará en lo que necesites. Fue de los primeros en llegar, y se lo sabe todo. ¿Te ha explicado el Padre Juan lo que tenéis que hacer ahora?

–Sí –contesto José Luis–. Cenaremos juntos, y luego le llevaré a la hospedería.

–Estupendo. Adelante, pues.

Salieron de la portería, Pedro detrás como un corderito, cabizbajo y tragando sus lágrimas por no parecer débil ante su compañero.

La puerta se cerró tras él con un "shñiiiac-cloc" contundente: punto final a una infancia feliz, frente a una adolescencia en ciernes de la que ignoraba incluso el nombre.

[Copy Right: Simón José Martínez Rubio. En conformidad con los artículos L.111, 112 y 113 del código de la propiedad intelectual, declaro que mis derechos están conectados a todos mis textos,fotografías, etc... publicado en mi perfil.]